

do y otra de Sierra-Juárez con su Capitán Cenobio Pérez, entretanto, el regimiento Morelos está ya tendido resuelto y sereno en el campo, parte en tiradores y el resto de reserva, con el Teniente Coronel Rómulo Pérez á la cabeza.

En estos momentos el fuego de cañón y de fusilería se redobló prolongándose por espacio de cuatro horas, y en seguida fue desalojado el enemigo de sus posiciones por una intrépida carga de nuestros soldados, en cuyo avance querían lanzarse todos unánimemente.

Como Ud. estuvo presenciando todos los sucesos, omito darle detalles del triunfo y hacerle recomendaciones especiales de todos y cada uno de mis subordinados que se batieron, puesto que cada cual se portó como un soldado disciplinado y valiente. Solo diré á Ud. que si el 18 de Diciembre el invasor quedó persuadido de que teníamos una caballería intrépida, ayer ha sabido que también en la plaza hay cumplidos y valerosos infantes.

En esta jornada no hemos tenido más novedades, que un soldado herido en el primer batallón de Sinaloa; un soldado muerto, y un teniente, un sargento 2º, un cabo y dos soldados heridos, del 2º; un soldado muerto y otro herido del batallón Sierra Juárez, y dos prisioneros del regimiento Morelos.

El enemigo derrotado ha sacado la peor parte en la refriega, pues ha tenido más de cuarenta hombres fuera de combate.

Felicito á Ud. y á la República por este completo éxito de las armas nacionales.

Patria y Libertad.—Oaxaca, Enero 23 de 1865.—*Cristóbal Salinas*.—Ciudadano General de la línea de Oriente.—Presente.

República Mexicana.—Cuartel General de la línea de Oriente.—Tuve la satisfacción de imponerme del parte oficial en que con fecha de ayer me dá Ud. cuenta del combate sostenido en Aguilera el día 22 del corriente por las avanzadas de las líneas del mando de Ud. y la compañía de ingenieros contra triple número del ejército invasor.

Presenció positivamente, rebozado de placer, ese honroso episodio, y su resultado me ha convencido más aun si cabe, de que encuentro en Ud. un compañero tan resuelto y sereno en el combate como eficaz y acertado en sus disposiciones; y en los expertos jefes, esforzados oficiales y valientes soldados que dieron la función, dignísimos defensores é invencibles atletas de la República, que darán á la patria largos días de gloria.

Reciba Ud. la seguridad de mi fraternal estimación, y sírvase transmitir á los enunciados ciudadanos las sinceras muestras de los mismos vehementes sentimientos que agradecido les renuevo con tan plausible motivo.

Independencia y Libertad.—Oaxaca, Enero 25 de 1865.—*Porfirio Díaz*.—C. General Cristobal Salinas; Comandante de las líneas 4a y 5a de defensa.—Presente.

Teniente Coronel de Ingenieros.—Tengo el honor de participar á Ud. que en la escaramuza de ayer no hubo novedad en la compañía que es á mis órdenes. Yo fuí levemente herido, por lo que espero estar útil dentro de muy pocos días.

Independencia y Libertad.—Oaxaca, Enero 23 de 1865.—*Lorenzo P. Castro*.—C. General en Jefe de la línea de Oriente.—Presente.

República Mexicana.—Cuartel General de la línea de Oriente.—Indefinible es la satisfacción que me ha inspirado siempre la conducta de los ciudadanos oficiales y soldados de la compañía de Ingenieros, pero más particularmente la de Ud. tanto en la educación disciplinaria de aquella como en los momentos del combate, sobre todo, en el que se empeñó el día 22 en Aguilera.

Dígolo á Ud. en contestación de su atento oficio de antier; y con el pesar de que haya Ud. sido herido, hago votos por su pronto restablecimiento, y le reproduzco la seguridad de mi distinguido aprecio.

Independencia y Libertad.—Oaxaca, Enero 25 de 1865.—*Porfirio Díaz*.—C. Teniente Coronel Lorenzo P. Castro, Comandante General de Ingenieros.—Presente.

Aunque el cañón resonaba diariamente en los campamentos de ambos enemigos, más parecía ello un entretenimiento que una acción: el invasor no se atrevió nunca á dar un asalto á la plaza, seguro como lo estaba de que para penetrar á ella por la fuerza de las armas, tendría que sembrar antes de cadáveres el camino que lo separaba de nuestras posiciones.

Los combates que tomaban visos de verdad, eran aquellos que nuestros impacientes soldados provocaban: el día 25 á las 10 de la mañana un pelotón de zuavos cavaba el terreno para hacer los cimientos de una nue-

va paralela, en la última calle hacia el Sur de la plaza, en la margen izquierda del Atoyac para el paso de Xoxo: un fuerte tiroteo entre nuestras avanzadas y las del enemigo impedía algo el trabajo, hasta que, impaciente el resuelto Coronel y hoy General Manuel González, Jefe de la línea, salvó las trincheras, y al frente de dos guerrillas de los batallones Juárez y Tiradores, puso en fuga á los zuavos, recogiendo del campo enemigo los zapapicos y útiles de trabajo que aquellos abandonaron á merced de los valientes sitiados.

Fueron dignos compañeros de González, Cataneo, Noriega, Vargas y Zaldívar.

El día 29 del mismo Enero concluyeron los franceses de levantar los parapetos de San Juan Chapultepec, San Martín y Montoya: acto continuo su artillería quiso estrenarse haciendo fuego sobre la plaza, y acto continuo también, tuvimos la fortuna de *desmantelar* el primero, desmontando la pieza con que hacía fuego el enemigo, obligándolo á huir hasta el monte Alban.

En la madrugada del 1º al 2 de Febrero hubo un fuego nutridísimo que presagiaba un asalto en forma, y cual no sería nuestra sorpresa al distinguir á favor de los primeros efluvios del sol levante, á los zuavos, reclinados en sus tiendas de campaña. No era mucho, por cierto, el ardor de los renombrados sitiadores que habían tomado ya la resolución de no comprometerse en un ataque formal, limitándose al asedio de la plaza hasta obligarla á sucumbir por hambre y falta de municiones.

El Ejército sitiador en los días siguientes se ocupó de acercar todo lo que pudo sus líneas de ataque, trabajos que la plaza no pudo evitar, por tener ésta que reservar su ya escaso parque, para el caso de que el enemigo intentara un asalto en forma.

La situación de los sitiados era angustiosa en extremo y la falta de víveres era una amenaza terrible, pues se temía, y con justicia, que la desmoralización cundiera entre los soldados: los días 3 al 8 del citado Febrero, se contestaron por nuestro Ejército los fuegos del enemigo que fueron bastante nutridos, y aunque era ya notable el desaliento de los soldados, nadie, por apasionado que sea, podrá asegurar que el valor y el heroísmo no eran el patrimonio del humilde Ejército sitiado.

Un acontecimiento por demás lamentable obligó al ameritado General Díaz á consultar la opinión de sus compañeros de infortunio, y el mismo día 8 hubo Junta de Guerra en la casa habitación del Sr. Lic. Justo Benítez, donde se dió cuenta de la infame conducta de una compañía de cazadores de Sinaloa, que, armada, en masa y municionada, se pasó al campo enemigo.

La Junta acordó que la plaza se rindiera, obligada por las críticas circunstancias en que se encontraba: el Ejército, reclutado hacía poco tiempo, falto de haberes y municiones, luchó mientras pudo; fue vencedor mientras tuvo elementos para combatir; asombró con su tenaz resistencia al sitiador, defensa que hizo poner en duda la estrategia de Bazaine, quien, como antes dije, tuvo que ponerse al frente de sus soldados, lo cual era ya mucha honra para el Ejército Mexicano que, en medio de su innata humildad, obligó con su noble actitud á todo un Mariscal de Francia, á medir sus armas con la de Generales que no esperaban semejante distinción, porque humildes hasta la exageración, no sospechaban que su nombre fuera una amenaza para el sitiador y sus antecedentes una garantía para la honra de la Patria.

Como resultado de la Junta de Guerra el Coronel Angulo salió de la plaza en calidad de parlamentario, á la

cual regresó cuando el sol se retiraba, no queriendo alumbrar sin duda el doloroso fin de una campaña gloriosa para el denodado y pequeño cuerpo de Oriente: Angulo manifestó que el Mariscal Bazaine exigía la presencia del General en Jefe de la Plaza, y éste, aunque previó el porqué de la exigencia, con su acostumbrada serenidad se puso en marcha á las 6 de la tarde para el campamento enemigo, acompañado del citado Coronel Angulo y del Jefe de su Estado Mayor.

Una compañía de zuavos, en el punto llamado "Consolación", esperaba al General Díaz, á quien, con todas las precauciones de la guerra, conduce á la Hacienda de Montoya, residencia del Mariscal de Francia.

Eran las 6 de la mañana del día 9 de Febrero de 1865 cuando el General Díaz regresó á Oaxaca escoltado por las fuerzas francesas: En la Hacienda de Montoya fué declarado prisionero de guerra, prófugo de Puebla, y conducido con toda seguridad á la plaza sitiada para que de ella hiciera formal entrega.

El General Díaz, con voz trémula por la emoción, ordenó al valiente Ejército Mexicano formarse en la Plaza de Armas y se entregase incondicionalmente prisionero: apenas se oía su voz, ahogada por un sufrimiento que se manifestaba en su semblante con los indefinibles rasgos del dolor.

Terminada la entrega de la ciudad, consumado el sacrificio, agregada una nueva infamia al extenso catálogo de las que se cometieron en nombre de un Gobierno Imperial que no contaba con las simpatías del pueblo mexicano, los prisioneros, competentemente escoltados marcharon á Puebla, en donde debían ser juzgados por el *atroz delito de haber defendido á su patria* con una heroicidad y una abnegación que admirarán á todos los hombres de cuyo corazón aun no se haya expatriado el

sentimiento de la dignidad humana, avergonzada de tener por albergue pechos corrompidos y almas que hayan relajado hasta los más triviales principios del deber.

Hay demostraciones de respeto que, por consideraciones de alta política, tienen que disfrazarse para que aparezcan simples consideraciones sociales, y alejar así del vulgo la idea de un respeto que inspiran la causa defendida y los hombres que la sostienen; demostraciones que en sí mismas son un tesoro de elocuencia y un tributo de admiración.

Bazaine no pudo ocultar á los defensores de Oaxaca los sentimientos que su conducta le inspiraron, y que, traducidos por el vulgo como exquisita cortesía del Mariscal, son á no dudarlo, justo y tácito reconocimiento de la grandeza de los sitiados que tan dignamente mandaba el desde entonces egregio General Porfirio Díaz.

El citado Bazaine, al llegar los prisioneros á la residencia del Cuartel general francés, mandó decir al General Díaz que nombrara á los jefes de su estimación que deseara le acompañaran en su marcha, así como se sirviera aceptar el banquete de despedida que tenía la honra de ofrecer "*al bizarro y valiente defensor de la patria de Juárez.*" (Palabras textuales).

Terminado el almuerzo que se sirvió en la hacienda de Montoya, los prisioneros, escoltados con lujo de fuerza, continuaron su marcha llegando á Etna á las seis de aquella misma tarde.

No me creo obligado á justificar hechos que están en la conciencia de todos los hijos del sufrido y valeroso pueblo oaxaqueño, concretándome á decir que desde la entrada á Oaxaca del llamado Gobierno imperial, fué lo más desairada y silenciosa que imaginarse pueda: los balcones permanecieron cerrados y el amor patrio supo sobreponer-

se á la curiosidad; las calles, desiertas en lo absoluto, hicieron comprender al invasor que Oaxaca guardaba luto riguroso por el golpe mortal asestado á la República, luto natural y consecuente con los sentimientos democráticos de un pueblo que ha sido siempre el primero en derramar su sangre, defendiendo la Libertad y la Reforma.

Oaxaca había visto germinar al calor de sus progresistas ideas, genios privilegiados, patriotas sinceros, cuyo recuerdo era para aquella tierra de libertad, altamente sagrado; así es que cuando el invasor puso su planta en la capital de un Estado tan heroico, sus habitantes se sintieron heridos en lo más íntimo de sus caras afecciones.

Una demostración ruidosa de la antipatía con que el invasor era recibido, hubiera sido altamente impolítica, porque era tanto como provocar las iras de un enemigo que en Puebla, Veracruz y México había dado á conocer toda la hiel que tenía guardada en sus entrañas y que era pródigo en derramarla sobre los territorios invadidos.

Mis lectores no olvidarán por cierto los actos de barbarie que relaté en los capítulos VI del tomo anterior y I de este tomo.

Había otra razón de peso en el ánimo de los oaxaqueños para que éstos estuvieran justamente amilanados.

La fama del General Díaz como valiente, atrevido y organizador, había ya traspasado el límite de nuestras fronteras, y aunque el citado General, por su genial modestia, no comprendía todo su valer ni estimaba en sí mismo todo su prestigio, el pueblo, ese profeta harapiento que predice con seguridad los sucesos, ese nigromante misterioso que tiene intuiciones admirables, ese

medium de doble vista que contempla el porvenir como si fuera de bulto, vaticinaba que sobre la cabeza de aquel patriota se cernía la muerte pretendiendo cubrir con sus negras y pavorosas alas la figura gigante del que desde entonces era la encarnación de todas las esperanzas y la garantía de todos los derechos.

En los momentos de la prisión del General Díaz estaba ya en Francia uno de los hombres más funestos para el país, uno de los enemigos más irreconciliables de nuestra libertad: Forey, que había dado á conocer sus perversas intenciones y que vivía en medio de una atmósfera de venganza alimentada por el recuerdo de sus ineptitudes como soldado y sostenida por el peso de las humillaciones de todo género que sufrió con resignación, tenía que levantar su voz en el Senado francés, para dar todavía una prueba más de que su corazón era un receptáculo de maldades que jamás podrían desinfectar ni el tiempo ni la distancia. Forey pidió la cabeza del General Díaz como una "*garantía de paz para el floreciente Imperio mexicano.*"

El Conde Kerátry, á propósito de este suceso, dice en la página 60 de su obra, lo que copio.

"Es necesario recordar aquí, que el Mariscal Bazaine, gracias á un sitio enérgicamente dispuesto, acaba de encerrar en la Ciudad de Oaxaca y de hacer capitular en ella, al General juarista Porfirio Díaz con su ejército. Este jefe liberal, que había sostenido *con tanto valor* su causa con las armas en la mano *tenía derecho* á ser tratado como prisionero de guerra y con todas las consideraciones debidas á los vencidos. Al afirmar el Mariscal Forey en el Senado, que debía ser fusilado Díaz, cometía un error. Porfirio Díaz, *como jefe regular* de un Estado, cuya capital *tenía deber de defender*, puesto que su territorio jamás había sido pisado por el ejército francés ó imperialista, merecía *únicamente* ser internado reduciéndolo á prisión rigurosa: CUANDO MAS, se le debía haber desterrado de una manera provisoria á las Antillas. Estas me-

didias violentas, que no distinguen siquiera el carácter de un enemigo, son las que provocan terribles represalias."

Si no fuera porque la ofensa hecha al pueblo mexicano por el Conde Kératry, es grave, es de tal magnitud que nunca se olvida y mucho menos se perdona, me bastaría el pasaje copiado para reconciliarme con el que fué tan cruel cuando aseveró que: "México es un país maldito donde la palabra patria no levanta un eco." Kératry en esta vez ha sido concienzudo al juzgar al General Díaz y al reconocerle sus méritos como soldado, como patriota y como valiente.

Sólo Forey tuvo el triste privilegio de aparecer ante el mundo con toda la desnudez de una alma pervertida, donde ya no quedaba un solo sentimiento levantado, ni había una sola fibra de donde se arrancara un sonido armónico con la razón, con la justicia y con la honradez.

Todos los nobles sentimientos que el corazón humano trae á la vida, como rica herencia de ese algo misterioso que vive en nosotros sin ser nosotros mismos, de esa personalidad ignorada, impalpable, que nos alienta ó nos deprime en los grandes acontecimientos, habían huído de Forey, espantados de que en aquella alma hubiera inmensos piélagos de podredumbre donde no podía navegar tranquila y serena la conciencia.

Por fortuna la mayoría del Senado francés acogió con desdén y hasta con indignación las palabras de Forey, y el General Díaz fué encarcelado en Puebla, de donde logró evadirse, como en su oportunidad veremos.

Aunque relatados con algunas exageraciones los sucesos del sitio de Oaxaca, me parece oportuno insertar